

BERNARDO DE BALBUENA Y LA GRANDEZA MEXICANA

Por MARIANA CALDERÓN DE PUELLES (*)

EL AUTOR Y LA OBRA

Bernardo de Balbuena nació en Valdepeñas, España, en 1562. Era descendiente de españoles conquistadores de América. Su padre, del mismo nombre, se había dirigido a España por asuntos de la Audiencia de la Nueva Galicia de la que era funcionario. Allí nació su hijo Bernardo como fruto de sus amores con Francisca Sánchez de Velasco. Lejos de esconder a su hijo ilegítimo, Bernardo padre, se lo llevó con él a América a la edad de dos años para que pudiera gozar de su heredad, que era vasta, y de una educación conveniente a su condición.

Estudió en México y fue rápidamente conocido por sus dotes literarias. En la Nueva España él podía adquirir hondos y variados conocimientos y tomar contacto con toda la cultura de la Europa humanista y de la España del Siglo de Oro.

Realizó en México su carrera eclesiástica. Gracias al prestigio del que gozaba su familia le fue concedido un curato en San Pedro Lagunillas, donde su padre tenía propiedades. Pero nuestro poeta no sólo predicaba en pueblos sino que frecuentemente se lo veía en la ciudad de Guadalajara y en México. Agrega José Rojas Garcidueñas [1958], que se ausentaba de su pueblo tan frecuentemente, que tenía designado un sustituto.

Los diez años que transcurrieron mientras cumplía su curato fueron los más importantes para su producción literaria. Allí se encuentra el germen de su *Bernardo o Victoria de Roncesvalles*, también allí pudo darle forma al *Siglo de oro en las selvas de Erifile*. Pero, quizá llevado por la necesidad de permane-

(*) Universidad Nacional de Cuyo (Mendoza).

cer en una ciudad más importante, donde pudiera canalizar sus aspiraciones literarias o realizar una carrera más brillante, decidió trasladarse a México. Antes de llegar se despidió de una antigua amiga, doña Isabel de Tovar, quien partía también a la gran ciudad para tomar votos religiosos. Ella le encargó que le escribiera desde México una carta en la que le retratara la ciudad para ella desconocida. Así, en 1602, Balbuena escribe su *Grandeza Mexicana* dedicada a doña Isabel.

Pero Balbuena no consiguió en México ningún cargo y decidió viajar a España. Obtuvo su doctorado en Teología, en la Universidad de Sigüenza y allí publicó su *Siglo de Oro*. Sin embargo, estos honores sólo le sirvieron para conseguir la elección de Abad en Jamaica (1608). Al respecto dice Rojas Garcidueñas «¿Qué espanto, temor y disgusto habría sentido si le hubiesen predicho que en la remota, pobre e inculta Jamaica habría de vivir una docena de años?».

Sin embargo en Jamaica permanece, fiel a sus funciones aunque sin agrado. En 1619, el rey de España le confiere el obispado de Puerto Rico. Después de un penoso y costosísimo viaje, Balbuena se estableció en su obispado en 1624. Siempre obediente a sus funciones, debió enfrentar enfermedades y trastornos con su propio dinero. Pero el suceso que dio remate a su historia fue el saqueo que sufrió Puerto Rico por una flota de piratas holandeses. En este cruento episodio, en que fueron quemados edificios y objetos valiosos, Balbuena perdió su biblioteca. Acosado por la enfermedad y la tristeza, murió al año siguiente dejando su herencia, aún cuantiosa, a la Iglesia.

Rojas Garcidueñas resalta en numerosas oportunidades el interés que perseguía Balbuena de medrar en una sociedad como la de México. Lejos de poder demostrarlo debemos, sin embargo, reconocer que pese a sus méritos no obtuvo grandes favores de las jerarquías y que siempre se mantuvo fiel a su ministerio y obedeció el destino que sus autoridades le depararon, aun a costa de su fortuna y de su vida.

GRANDEZA MEXICANA

Esta obra fue editada en 1604. Es una epístola encomiástica dirigida a doña Isabel de Tovar en la que el autor muestra las bondades de México en la que prontamente ella profesará sus votos. Uno de los aspectos que más ha subrayado la crítica son las dedicatorias. En efecto, en la edición definitiva y, según Rojas Garcidueñas, única, aparecen dos: al arzobispo de México, García de Mendoza y Zúñiga y al Presidente del Real Concejo de Indias, don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos y Andrade.

Es evidente que Balbuena quería acaparar la atención de las autoridades para que se fijasen en sus dotes, conocimientos y sobre todo, en su condición de «español».

Hacia fines del siglo XVI existía en las colonias de América un cierto malestar entre los criollos, hijos de conquistadores, que se empobrecían con la pérdida de sus encomiendas y los españoles que llegaban junto con el virrey para ocupar los cargos jerárquicos, aun los de la Iglesia, o para dedicarse a las actividades comerciales. Tal situación, analizada por David Brading [1991], fue creando entre los criollos un clima de «angustia, nostalgia y resentimiento». Resalta Brading que muchos de los españoles enriquecidos por su nueva situación o sus negocios buscaban para casarse a las hijas de ricos comerciantes, de manera que las descendientes de conquistadores quedaban relegadas. Quizá esta fuera la condición de doña Isabel de Tovar y Guzmán, por lo que se deja entrever en las palabras que le dirige Balbuena:

«Dejo tu gran nobleza, que se alarga
a nacer de principio tan incierto,
que no es la oscura antigüedad más larga.

De Tovar y Guzmán hecho un injerto
al Sandoval, que hoy sirve de coluna
al gran peso del mundo y su concierto.»

Aquí el poeta opone su origen ilegítimo al de ella, que sin embargo permanecía en un pueblo de Culiacán conquistado por sus ancestros.

Es evidente que existía una puja social por hacer valer la legitimidad del gobierno de América entre los criollos, por derecho de conquista y los españoles. Pero a eso se le agregaban los pregonados derechos de mestizos de alcurnia, como el Inca Garcilaso, hijo de conquistador y de una princesa inca o de Fernando de Alva Ixtlilxochitl, descendiente de la real casa de Texcoco. Ambos intentaban recrear un pasado indígena «civilizado» y para el caso, el Inca proponía concretamente un gobierno imperial que recayera sobre un mestizo heredero.

En este orden de intereses, Balbuena podía tener dos cartas de presentación. O se declaraba criollo, hijo de conquistadores que todavía tenían muchas tierras por México o dejaba relucir su origen español, pues allí había nacido. Por esto nuestro poeta construye una alabanza sobre la ciudad de México pero resaltándola como heredera de la grandeza de España. Dice a propósito José Miguel Oviedo [1995]: «El elogio a México es un recurso artificioso para declarar otra grandeza: la del imperio español que ha introducido la civilización y la religión en estas tierras antes bárbaras» (p. 184). No creemos acertado el concepto de «recurso artificioso», en todo caso, por tratarse de poesía encomiástica lo de «recurso» y «artificio» le son indispensables. No obstante, la grandeza de México es, sin lugar a dudas, la de España y Balbuena se considera hijo de esta última porque no concibe una

separación en el imperio entre la Península y América, como se infiere de estos versos:

«Oh España valerosa, coronada
por monarca del viejo y nuevo mundo,
de aquél temida, deste tributada!

Aunque a tu heroico brazo sin segundo
para reseña este rasguño basta,
si no es todo afición donde me fundo,

no es éste el bien mayor en que se gasta
la gloria de tu nombre, aunque éste sólo
podía ser un clarín de inmortal casta.»

(G. M., p. 142)

La *Grandeza mexicana* está compuesta por ocho capítulos y un noveno a manera de resumen y epílogo. Antes de comenzar el primer capítulo se presenta una octava real en la que se anticipa por verso el tema a tratar en cada parte de la siguiente manera:

De la famosa México el asiento, (cap. 1)
origen y grandeza de edificios (cap. 2)
caballos, calles, trato, cumplimiento, (cap. 3)
letras, virtudes, variedad de oficios, (cap. 4)
regalos, ocasiones de contento, (cap. 5)
primavera inmortal y sus indicios, (cap. 6)
gobierno ilustre, religión, estado, (cap. 7 y 8)
todo en este discurso está cifrado. (epílogo)

El metro elegido para los capítulos es el terceto dantesco, llamado también terceto encadenado debido a la disposición de sus rimas ABA BCB CDC. Los versos son endecasílabos y forman estrofas de tres versos, salvo la estrofa final que obligadamente agrega un verso más para no dejar un verso libre de rima (YZYZ) o como agrega Baher, puede finalizar con un verso final de la siguiente manera: YZY Z.

El terceto encadenado fue introducido de Italia por Boscán y muy usado por los poetas áureos como Garcilaso, Herrera y Lope de Vega. Es decir, se trata de un metro de origen italiano, anterior a Dante aunque a él le deba su prestigio, introducido a la lengua española a comienzos del siglo XVI.

La formación que había recibido Balbuena en México estaba a la altura de la que podría haber recibido en cualquier universidad de Europa. A partir de la lectura de sus obras como de sus reflexiones poéticas se puede observar su portentoso conocimiento de la cultura clásica y cristiana, como era propio de este humanismo. La poética de Balbuena funda sus principios en Platón, Aristóteles y Horacio y muestra una cercana influencia de Tasso y Vida y tal vez la reciente lectura del *Arte poética* de Díaz Rengifo, cuya primera edición apareció en Salamanca en 1592.

Como es propio de estas poéticas humanistas para Balbuena la obra poética se justifica por su finalidad, en tanto que las cosas deben ser escritas «no como sucedieron, que esa ya no sería imitación, sino como pudieran suceder, dándoles toda la perfección que puede alcanzar la imaginación que las finge».

Es evidente la interpretación clásica que daba Balbuena al concepto de «imitación». Ingenuo sería, pues, no admitir esta intención de escribir las cosas como «deberían ser» en la plasmación de la *Grandeza mexicana*. Es más, en el mismo prólogo, Balbuena reconocerá la diferencia entre el discurso natural, en el que se sigue a la historia y el artificial que es el poético.

Aceptamos, entonces, que por razones poéticas la *Grandeza mexicana* es una descripción artificial (poética) de lo que debería ser. En efecto, este punto que nos parece esencial aclarar, determina el carácter laudatorio y hasta apologético de la obra y la ubica como un ejemplo cabal de la poesía de nuestro primer barroco, heredera del humanismo italiano y del espíritu evangelizador de la España de los Austrias.

BALBUENA, ESCRITOR HISPANOAMERICANO

Si no existieran dudas al respecto, no sería necesario subrayar que Balbuena es un escritor hispanoamericano.

Su insistencia en llamarse español puede explicarse, en parte, por el interés en hacer valer su origen a las autoridades eclesiásticas en oposición a los criollos que tenían menos posibilidades de ascenso. Pero por otra parte, Balbuena, como la mayoría de los españoles y americanos de su época, no concebía la vida política de América disociada del Imperio. Si bien la vida en la colonia era política y administrativamente diferente de la vida en la Península, todos eran súbditos de una misma corona y herederos de una misma grandeza.

Sin embargo, Balbuena no es un escritor del Siglo de Oro español. Existe en él la impronta que América deja en todos nuestros escritores: la presencia del yo que se impone por algún interés particular y la inserción en la obra de lo autobiográfico.

El uso de la primera persona en la *Grandeza mexicana* no es muy frecuente. Se acentúa más en el último capítulo con un recurso típicamente enco-

miástico: el autor reconoce la limitación e impotencia de su arte frente a la grandeza del objeto poetizado. Sin embargo, teniendo en cuenta las dedicatorias y los extensos versos dedicados a la exaltación del interés en el capítulo II, contribuyen a apoyar la idea de Garcidueñas de que Balbuena perseguía con esta obra un ascenso en su carrera eclesiástica. Así declara el poeta que el interés mueve a los hombres a grandes acciones. Cuando Balbuena habla de interés lo asocia prontamente con la fama:

«un espantoso alarde, un rico empleo
de heroicos hechos con que el tiempo añide
vida a la fama, al interés trofeo.

El bravo brío español que rompe y mide,
a pesar de Neptuno y sus espantos,
los golfos en que un mundo en dos divide,

y aquellos nobles estandartes santos
que con su sombra dieron luz divina
a las tinieblas en que estaban tantos

y al mismo curso por do el sol camina
surcando el mar y escudriñando el cielo,
del interés la dulce golosina

los trajo en hombros de cristal y hielo
a ver nuevas estrellas y regiones
a estotro rostro y paredón del suelo,
.....»

(*G. M.* cap. II p. 21-22)

Así también el interés de los pueblos por perpetuar su gloria los lleva a la construcción de las grandes ciudades y los majestuosos edificios:

«Y así vuelvo a decir y otra vez digo
que el interés, señor de las naciones,
del trato humano el principal postigo,

como a la antigüedad dio por sus dones
pirámides, columnas, termas, baños,
teatros, obeliscos, panteones,

una Troya parienta de los años,
una Roma también parienta suya,
y una Venecia libre, y no de engaños,

porque el tiempo su honor le restituya
si piensa que hoy es menos poderoso,
a México le dio que le concluya.»

(*G. M.* cap. II p. 25-26)

Justo entre el interés de los hombres, que no es otro que la búsqueda de su fama y el interés de las naciones, que es la búsqueda de la gloria de un pueblo, Balbuena se inserta en el discurso como otro ejemplo de interés comentando su intención de escribir las glorias de Bernardo de Roncesvalles para pagar con eso lo que le debe a España y:

«Allí conserve el tiempo mi memoria,
y a mí me deje, a vueltas de la suya,
gozar en verlo una envidiada gloria.»

(*G. M.* cap. II p. 23)

Es evidente el peso que la idea de la fama impuso en los españoles de la conquista y que se mantuvo en nuestros escritores coloniales. El interés que Balbuena parecía tener en conseguir un cargo eclesiástico en México, estaba sostenido por esta idea de perpetuar su memoria a través de su pluma en una ciudad ilustre.

Es necesario recordar que lejos de las brillantes ciudades como México o Lima, a principios del siglo XVII, un hombre de ambiciones intelectuales o temporales quedaba casi desterrado. Balbuena veía muy conveniente su permanencia en México. Amaba la cultura, el brillo de la civilización, los libros que entraban por los puertos. No obstante, fue apartado de todo ello y aceptó su destino, con disgusto pero con lealtad.

En rigor, lo definitivamente hispanoamericano en la obra de Balbuena es su propia inclusión junto con sus intereses, su vida y sus ideales y el cabal sentido de aquella no puede entenderse sin los datos que nos aportan éstos.

LAUDATIO URBIS

La exaltación de la ciudad de México abre varios caminos de acceso a la obra. Nosotros creemos que uno de los más interesantes es el determinado por la recreación de un tópico literario: la alabanza de la ciudad.

Sin embargo una de las vías que estuvimos tentados de seguir fue la de la construcción de una utopía a partir de la *Grandeza mexicana*. Pero la obra se aparta de este interés por varios motivos.

Siguiendo a Thomas Molnar [1966], consideramos que el utopista construye una ciudad en vistas a un futuro y propone un modelo de constitución política y social. Toda utopía supone la asociación de «almas regeneradas» que enfrentan la existencia de sujetos refractarios. Pero la utopía pretende instaurar una nueva sociedad a partir de los «perfectos» de manera que el utopista no reparará tanto en los principios políticos sino en las relaciones entre sus miembros, en su manera de asociarse. Así distingue Molnar la confusión que se da en las utopías, desde Platón, entre amor y uniformidad, como condicionantes de las relaciones entre los individuos. Otro de los aspectos que caracterizan la utopía es la «inmutabilidad» de la organización social lograda que, paradójicamente, sólo puede conseguirse por el ejercicio del poder que crece sobre el pregonado amor. La autoridad de la ciudad utópica se convierte en jefe temporal y espiritual. Es decir: «Changer l'homme dans sa nature, extirper en lui le péché ou l'égoïsme, l'élever à l'état de grâce ou à la conscience sociale, tel est le sens manifeste de toute discipline utopiste»

En la época de Balbuena, además de *La República* de Platón, se conocían las utopías de Campanella (*La ciudad del sol*), de Tomás Moro y tal vez de otros utopistas del siglo XVI como Patrizi (*La città felice*) o Agostini (*L'Infinito*). En todas ellas se proponía la construcción de una ciudad futura basada en la asociación «amorosa» de los individuos. En un interesante trabajo, Juan Antonio Ramírez [1983] recoge las descripciones arquitectónicas de estas ciudades hechas por sus mismos autores. Justamente, la construcción de la ciudad responde a las necesidades de esta sociedad por forjarse.

Muy lejos se encuentra nuestro Balbuena de proyectar una utopía. En primer lugar porque describe con intención poética y artificio un estado de cosas que ya existe y que no es necesario crear. No debemos confundir en este caso «arquetipo», impuesto desde la poética, con «utopía», impuesto desde las ideas políticas. En segundo lugar, el gobierno de México es el de la España imperial del siglo XVI y XVII. Por tanto, no se propone un modelo al futuro sino que se alaba un régimen actual. En tercer lugar, las virtudes de los habitantes de México, lo que constituye el aspecto más idealizado, se deben, no a una asociación en el amor y la uniformidad, sino en el hecho de ser descendientes de heroicos conquistadores asistidos por la Santa Iglesia Católica y por ser súbditos de grandes reyes.

No hubo en nuestros escritores coloniales un pensamiento verdaderamente utópico hasta el ingreso, a fines del siglo XVIII, de las ideas de la ilustración. Ni siquiera el Inca Garcilaso es un utopista frente al modelo social que encontramos, por ejemplo, en Fernández de Lizardi, aquel periodista mexicano, autor del *Periquillo Sarniento*. La grandeza de México, en

Balbuena, era la de la ciudad católica, con sus vicios humanos y su destino sobrenatural. La utopía de Lizardi se ubica en una isla ignota donde no hay rastro del pecado ni de la Gracia.

Consideramos que Balbuena recrea en su epístola el tópico de la «laudatio urbis». Si bien puede reconocerse el cultivo del mismo en la antigüedad clásica, (señalamos en Horacio la fuente principal) en Balbuena lo asociamos más naturalmente a la fuente bíblica. En efecto, la alabanza del mexicano está dirigida a la ciudad en tanto que asentamiento de una cultura profundamente religiosa. México es ciudad imperial, cabeza en América del Imperio más grande y católico de Europa. En este sentido la alabanza de ciudad nos conduce a la Sión de David, ciudad del pueblo elegido y alcázar de la ley de Dios.

«Recorred a Sión, circularad en rededor,
contad sus torres;
considerad sus baluartes, examinad sus fortalezas,
para que podáis referir a la generación venidera:
así es de grande Dios,
nuestro Dios para siempre jamás.
El siempre nos gobernará.»

(Salmo 47,13-15)

En este ejemplo, la grandeza de la ciudad de Sión es testimonio de la grandeza de Dios. Así mismo, en Balbuena la grandeza de México es la del Imperio español y de la Iglesia Católica:

«Así del gran concierto y policía
desta insigne ciudad nace el tesoro
de la heroica virtud que encierra y cría.

.....
pobladas de gigantes más que humanos
en letras, santidad, ejemplo, vida,
doctrina, perfección, pechos cristianos.»

(G. M. cap. VIII, p. 110)

Sión es una tierra prodigada de bienes por su Dios:

«Has visitado la tierra,
la has embriagado
y colmado de riquezas.

El río de Dios rebosa de aguas:
Tú preparas sus trigales,
aparejando la tierra;
regando sus surcos,
y allanando sus terrones;
las ablandas con lluvias,
y fecundas sus gérmenes.
Coronas de benignidad el año
y tus huellas destilan grosura.
Las praderas del desierto destilan
y los collados se visten de exultación.»

(Salmo 64,10-14)

Con semejante espíritu canta Balbuena las delicias de México:

«Aquí, señora, el cielo de su mano
parece que escogió huertos pensiles,
y quiso él mismo ser el hortelano.
.....

aquí con mil bellezas y provechos
las dio todas la mano soberana.
Este es su sitio, y estos sus barbechos,
y esta la primavera mexicana.»

(*G. M.* cap. VI pp. 80-91)

Sin lugar a dudas, Balbuena usaba de la herencia renacentista del «locus amoenus». Muy cerca están las descripciones de México de la Arcadia virgiana. Sin embargo, la clara intención de alabar la ciudad como una nueva Sión es lo que lo une al tópico bíblico. El «lauda Sion» o «lauda Ierusalem» supone la alabanza del pueblo por ser depositario de los beneficios de su creador. De aquí surge, en el plano anagógico, la alabanza de la ciudad a la entrada de su Salvador como signo de la entrada de Cristo en el alma.

CONCLUSIONES

Sin lugar a dudas, la *Grandeza mexicana* no se propone dar una descripción real de lo que observa. La crítica que hace José Miguel Oviedo [1995] al respecto no ha tenido en cuenta los cánones poéticos

desde los que Balbuena ha creado su obra. Puesta la finalidad de su arte en lo que las cosas deben ser y no en lo que son, la idealización de la ciudad de México no responde a una propuesta utópica sino a la alabanza de la ciudad hispánica y cristiana en la que España y la Iglesia muestran su poder y esplendor. Por esto consideramos que una de las vías más enriquecedoras para su interpretación consiste en el análisis del «Lauda Sion» bíblico.

Por la misma razón, creemos que no es del todo correcto interpretar la obra desde el tópico de la «alabanza de aldea y menosprecio de corte» o cualquier oposición entre campo y ciudad, como se dará en Bello o Sarmiento. La oposición que se plantea en esta obra es entre la ciudad conformada por el proceso de conquista y colonización española y aquellas que aún se mantienen alejadas de esta vida civilizada en la oscuridad de su pasado indígena.

Tierra pródiga como pocas, México despertó desde muy temprano el amor patrio por quienes la habitaron y la encendida pasión por quienes la gobernaron. Ya la gesta empecinada de Cortés y el abatimiento providencial de Moctezuma impusieron el marcado nacionalismo que en cualquier mexicano verdadero se observa desde el siglo XVI a nuestros días. El mismo González de Eslava (1534-1599) en sus coloquios exalta las bondades de la «nación mexicana». A comienzos de aquel siglo, la Reina del Cielo declaró su predilección por la tierra del obispo Zumárraga en Guadalupe y forjó, con su figura de Niña y de Madre la fe vehemente de una gran nación. Cuando recorremos las páginas de nuestros escritores coloniales, observamos siempre el mismo ímpetu, la misma fuerza: la de la España áurea.

Como escritor hispanoamericano, Balbuena nos ha dejado el mejor testimonio poético de lo que fue México en siglo XVII a través de sus deseos e intereses, de su excelente manejo de la lengua y su aplastante erudición. Heredero del humanismo cristiano, forjador de un estilo entre manierista y barroco, declaró de manera abierta su amor a la patria a la que nunca volviera en vida:

«Ya das ley a Milán, ya a Flandes lumbre;
ya al Imperio defiendes y eternizas,
o la Iglesia sustentas en su cumbre;

el mundo que gobiernas y autorizas
te labe, patria dulce, y a tus playas
mi humilde cuerpo vuelva, o sus cenizas.»

(*G. M.* cap. IX, p. 148)

BIBLIOGRAFÍA

- BAHER, Rudolph: *Manual de versificación española*. Madrid, Gredos. 1981.
- BALBUENA, Bernardo de: *Grandeza Mexicana*. México, Ediciones de la Universidad Autónoma de México, 1941. Edición y prólogo de Francisco Monterde.
- BRADING, David: *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla*. México, FCE, 1991.
- ROJAS GARCIDUEÑAS, José: *Bernardo de Balbuena. La vida y la obra*. México, Ediciones de la Universidad Autónoma de México, 1958.
- MOLNAR, Thomas: «De L'utopie et des utopistes» En: *Le Contrat Social*. París, Institut D'Histoire Social. V. X., n. 6, nov-dic, 1966, pp. 327-336.
- OVIEDO, José Miguel: *Historia de la literatura hispanoamericana*. Madrid, Alianza, 1995. V. I.
- RAMÍREZ, Juan Antonio: *Construcciones ilusorias. Arquitecturas descritas, arquitecturas pintadas*. Madrid, Alianza, 1983.
- SALTERIO: Buenos Aires, Club de lectores. Según versión de Mons. Dr. Juan Straubinger.